



Mátalos suavemente

George V. Higgins

Traducción de Magdalena Palmer Molera

Libros del Asteroide. Barcelona, 2012

213 páginas. 16,95 euros

NARRATIVA. HAY QUE AGRADECER efusivamente la publicación de este clásico de la novela negra. El mercado español parece copado por los autores escandinavos y por esos recientes *thrillers* estadounidenses descaradamente inverosímiles, mientras títulos fundamentales del género continúan inéditos. Ciertamente que la salida de *Mátalos suavemente* ha sido facilitada por el estreno de una película basada en el libro; se toma incluso el título de la versión cinematográfica (el original era *Cogan's trade*, *El oficio de Cogan*). No importa, son productos muy diferentes. De hecho, cabe imaginar que el puntilloso autor (1939-1999) se hubiera indignado al ver a su Cogan (Brad Pitt) moviéndose por Nueva Orleans: sus libros retratan específicamente el *milieu* de Boston. De su etapa como fiscal en Massachusetts, Higgins extrajo un conocimiento minucioso de la dinámica del hampa y, sobre todo, un prodigioso dominio del lenguaje local. Higgins revolucionó la estética de la novela criminal con su estreno, *Los amigos de Eddie Coyle* (1970), también traducida por Libros del Asteroide. Los diálogos eclipsaban la acción; policías y delincuentes se definían por sus parlamentos. Ambos bandos parecían compartir un deleite, quizás derivado de su común origen irlandés, en contar su vida; pensaban en voz alta, amaban la pirotecnia verbal. En *Mátalos suavemente* (1974), prácticamente no hay policías. Los bajos fondos están cambiando; hay maleantes que usan drogas duras o que se dedican a negocios tan pintorescos como robar perros. Se ha perdido el respeto: dos pirngados roban una partida de póquer, incomodando a demasiada gente. El crimen organizado decide dar un escarmiento y contrata a un ejecutor, Jackie Cogan. Higgins alterna los afanes de los perseguidos y la investigación de Cogan, lastrado por la presencia de Mitch, un mafioso de la vieja escuela, más interesado por pasárselo bien que por cumplir el encargo. Moraleja: la veteranía es un grado, pero la profesionalidad impone nuevas reglas. La gran duda: la jerga de las novelas de Higgins ¿era realista o pura invención literaria? Sí, sabemos que; como ocurrió con Mario Puzo y la saga del *Padrino*, los policías y ladrones de Boston devoraron sus libros y terminaron hablando como sus personajes. **Diego A. Manrique**



Foto: Getty Images / SuperStock RM

Nuevos destellos de un tiempo perdido

La urraca y los días iluminados

Antonio Ferres

Gadir. Madrid, 2012

98 páginas. 17 euros

Por Manuel Rico

POESÍA. ANTONIO FERRES (Madrid, 1924) ha trazado, de manera sigilosa y en paralelo a su obra narrativa, una trayectoria poética singular, arraigada en las preocupaciones éticas y estéticas de su generación, la del medio siglo, y sustentada en el binomio memoria-experiencia. Ha sido, además, un poeta tardío que en poco más de una década ha enriquecido su bibliografía con cuatro poemarios: 13 años separan el primero, *La deslumbrada memoria* (1998), publicado en México, del breve, intenso y emotivo *La urraca y los días iluminados* que ahora llega a las librerías.

La poesía de Ferres tiene algo de filtro de las grandes obsesiones que han marcado su narrativa, desde la ya remota *La piqueta* (1959), reeditada hace poco más de un año, hasta el reciente *El otro universo* (2010). Niño de la guerra, residente en América entre 1964 y 1976, su poesía es un delicado espacio en el que se mezclan y, a la vez, dialogan el mundo luminoso, entre lo imaginario y lo recordado, de antes de la guerra, y la desolación que sucedió a su final. Pero no es poesía social. Es una poesía en la que la mirada sobre lo colectivo (la guerra y la posguerra) se proyecta desde la subjetividad

otra vida que existe en otra parte / en otra ciudad contigo / como en el portal fresco y callado / de tu casa".

La serenidad y la reflexión ante la muerte se producen sobre la ciudad evocada en sus zonas descosidas, donde, en los años de adolescencia y juventud, se mezclaba el descampado y las construcciones precarias, se refugiaba el amor y encontraban el paraíso los juegos más inocentes, el desconcierto ante una guerra incomprensible, y el amor y el erotismo desafiando lo establecido. Frente al recuento de infelicidades que fuera *La desolada llanura*, título de uno de sus poemarios, este libro nos acerca al gozo pasajero (y evocado) convertido en poema y al recuerdo de un territorio en el que la utopía no había perdido la batalla a manos de la realidad: "Íbamos contentos / de suplantar la marcha de la historia / la luz desvanecida / del día en que nacimos".

La urraca y los días iluminados tiene, también, algo de homenaje a los olvidados de la generación del cincuenta: aquellos escritores que, por razones de diversa índole, no siempre literarias, quedaron en un segundo plano. No es casual que el poema que da título al libro esté dedicado "a Alfonso Grosso y a todos los escritores y escritoras muertos". Una huella que asoma, con un lirismo directo e inteligente, en los escenarios descritos en cada poema ("estábamos alegres / mirando las ventanas del oeste / donde caía el sol / sobre los barrios miserables") y en el recuerdo que el paso del tiempo

una concu
el lugar de
do el énfas
debe afron
servidores
sufren incl
tud de su
dos obras
literatura d
bre un mis
dueño de l
res conde
de las nom



Vivant Denon

Philippe Sobry

Prólogo de

Epílogo de

Traducción

Fórcola. M

260 página

NARRATIVA.

una exquis
co relato
nimo— el
Dominiqu
Sin mañan
glo XVIII
maravilla:
non acom
en su exp
fue testig
sangrient
do por las
éxito de
maña. Po
vant galar
supo hace
pamos qu
Antiguo R
Napoleón,
dibujante
nos, colec
que termin
vre. Es es
gozador d
ciencia, q
velista gal
de sus orig
las cuales
del biogra
fueron sus
Casanova
Denon la e
recrear va
cultural y
fabuloso S
del XIX. D